

na. Tuvo, por último, importantes consecuencias políticas, respecto de las cuales los contemporáneos no se hicieron tantas ilusiones como pudiera creerse. El rey tenía entonces un ejército regular, una caballería pagada y una infantería reclutada directamente en la mayor parte de las provincias del reino (1) sin intervención de los señores; y cuando termine la guerra, conservará sus compañías de ordenanza y sus franco-arceros seguirán siempre dispuestos á ponerse en marcha. De hecho quedaba formado el ejército permanente, en provecho de la monarquía.

II.—Anarquía en Inglaterra. Preludios de la guerra de las Dos Rosas (2)

En tanto que la monarquía francesa se reorganizaba, consumábase la desorganización de la sociedad y de la monarquía inglesas, ya visible en la época de la sublevación de los trabajadores (1381) y se preparaba la guerra civil entre los adversarios de Carlos VII.

La formación de una aristocracia muy rica, muy brutal, sustraída á toda autoridad, es el hecho capital que explica la guerra de las Dos Rosas. En el siglo xv, los lores transforman en praderas las tierras inglesas, esquilmas por la monotonía de los cultivos, y se enriquecen con la cría de carneros, á la que algunos añaden el comercio al por mayor. El botín conquistado en Francia y el dinero sacado de los infelices aldeanos normandos convertidos en terrazgueros suyos, acaban de restaurar los blasones de aquellos nobles que emplean sus riquezas en crearse una corte, un consejo, un ejército. El uso «de librea y mantenimiento,» ya reputado peligroso en el siglo xiv, se generaliza: cada lord sostiene centenares y á veces millares de hombres vestidos de librea con sus armas y armados para mantener sus contiendas, espadachines que se reclutan fácilmente entre los soldados que regresan de Francia. De este modo, las costumbres bárbaras contraídas por los ingleses durante la conquista de Francia, practicanse ahora á costa de Inglaterra. Empiezan de nuevo las guerras privadas; los empleos públicos son desempeñados por hechuras de los lores, y si se incoó un proceso, el sheriff escoge un jurado cuyo veredicto será del gusto de la parte más poderosa. ¿Qué jurado quiere exponer su cabeza? Al regresar á su casa, encuentra gentes que á puñaladas le enseñan á vivir bien. Las cartas de la familia Paston, que vivió durante los reinados de Enrique VI y Eduardo IV, describen una sociedad en la cual la única garantía de seguridad es la fuerza.

Para restablecer el orden en Inglaterra habríase necesitado un hombre de genio ó un Parlamento que cumpliera con su deber, pero no hubo ni uno ni otro. El sistema parlamentario había progresado mucho bajo los Lancáster: los subsidios votados por la Cámara de los Comunes estaban afectos á gastos determinados de acuerdo con ella que se hacía dar cuenta de su inversión. Antes de votar el impuesto, exigía la reparación

(1) Hay que exceptuar, por supuesto, los dominios de los grandes vasallos más poderosos, como los duques de Borgoña y de Bretaña.

(2) OBRAS DE CONSULTA.—Además de Stubbs y Ramsay: Jacobo Gairdner, *The Paston Letters*, nueva edición, 1900-1901 (excelente introducción histórica).

de sus agravios y sus peticiones se convertían, sin modificación alguna, en estatutos del reino. Las deliberaciones eran libres y los consejeros del rey eran nombrados con el asentimiento del Parlamento, el cual fijaba su salario y podía acusarles. Si comparamos el Parlamento inglés con los Estados generales de Francia, el contraste es manifiesto; mas, á pesar de todo, como el poder del rey de Inglaterra no se halla limitado por una constitución concreta, ni por una serie suficientemente larga de precedentes, puede el príncipe, de la noche á la mañana, retirar las concesiones hechas por él y gobernar á su antojo. La Cámara de los Comunes desconfía siempre de él y se halla constantemente dispuesta á reconocer como campeón suyo á un lord poderoso que se defiende con tesón contra el rey, haciéndose de esta suerte cómplice de la anarquía feudal.

Por otra parte, los diputados de las municipalidades son ahora, gracias á la manera como se reclutan, los servidores de la nobleza. El sistema electoral ha dado en 1430 un paso atrás: el derecho de voto está reservado en los condados á los franco-terrazgueros ricos y á los caballeros, quedando descartados los «electores sin casa ni hogar,» de modo que los Comunes no representan la nación, sino la aristocracia, otra razón para que no adopten ninguna medida enérgica contra los fautores del desorden.

El rey Enrique VI, que entró en la mayor edad en 6 de diciembre de 1442, era un hombre de letras y un devoto, concienzudo, humilde y caritativo, un hombre pacífico incapaz de gobernar á aquel pueblo indócil, un místico que no se encontraba en su centro en aquella sociedad de pasiones exasperadas. Su joven esposa, Margarita de Anjou, muy guapa y muy ambiciosa, tuvo desde luego autoridad sobre él y por ella subió al poder el negociador de su matrimonio y de la tregua de 1444, el conde de Suffolk, partidario de la paz.

La mala inteligencia entre Enrique VI y sus súbditos fué entonces completa. La reina, aquella francesa sin dote, fué desde el primer día impopular en Inglaterra y el odio que inspiraba se exacerbó cuando el rey, por complacerla, prometió entregar á su suegro la ciudad del Mans y todo cuanto poseía en el Maine (22 de diciembre de 1445). El rumor público no tardó en acusar á Suffolk de traición. El duque de Glocéster, favorito del pueblo, veíase ya rey de Inglaterra; Suffolk decidió hacerle prender en 1447 como conspirador, y al cabo de cinco días murió el duque en la cárcel á consecuencia probablemente de un ataque de parálisis. Seis semanas después fallecía también el anciano cardenal Beaufort: era el último hombre de aquella generación que tuvo á la vez bastante sabiduría para desear una política de orden y de paz y autoridad bastante para imponer algún respeto á la oposición. La guerra civil era entonces fatal en breve plazo.

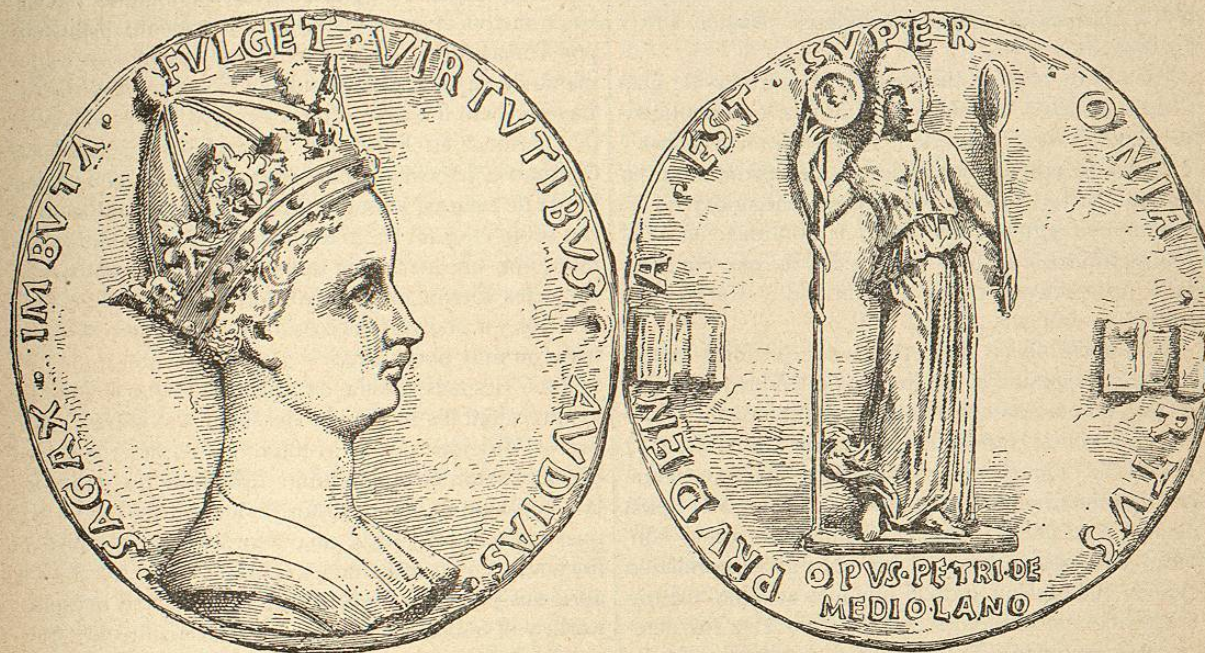
III.—Conquista de Normandía (3)

Enrique VI y Suffolk deseaban una paz definitiva: el joven rey escribía en 21 de agosto de 1444 á Carlos VII que tenía prisa por ver el término de aquellas «pestilenciosas guerras que tanto han durado,» y un año des-

(3) FUENTES.—Stevenson, *Narratives of the expulsion of the English from Normandy*, 1863. Obras de Roberto Blondel, edi-

pués recibía en Londres á los embajadores franceses que iban á hacerle ofrecimientos de paz. Pero las negociaciones no dieron ningún resultado por haber surgido inmediatamente dificultades que demostraban la mala voluntad de los ingleses y la impotencia de su rey. Los capitanes de las plazas inglesas en Francia no querían la paz: el del Mans negóse á entregar esa ciudad que Enrique VI había prometido entregar á su suegro Renato de Anjou, habiendo sido precisa la amenaza de un sitio para obligar á la guarnición inglesa á evacuarla (16 de marzo de 1448). Aquella guarnición, en busca de

celar (1446). La noticia de aquella violencia había causado gran emoción en la corte de Enrique VI: éste y Suffolk pensaron en vengarse y por esta razón dejaron que la guarnición del Mans se estableciera en Saint-James. El duque de Somerset, que en aquella sazón gobernaba en Ruán, negóse groseramente á recibir las quejas del rey de Francia y del duque Francisco, y los ingleses prepararon un golpe de mano para apoderarse de Fougères, que por su industria era una 1449 de las más prósperas ciudades de Bretaña. En 24 de marzo de 1449, un capitán español que mandaba la guarni-



Medalla de Margarita de Anjou, reina de Inglaterra

un asilo, fué á instalarse en las fronteras de Normandía y de Bretaña, en Saint-James-de-Beuvron y en Mortain, infracción de la tregua que provocó las protestas de Carlos VII y del duque de Bretaña.

El nuevo duque de Bretaña Francisco I (1442-1450) estaba, desde hacía dos años, completamente reñido con los ingleses, de quienes su padre, el cauteloso Juan V, había sabido siempre sacar partido; y seducido por las demostraciones y regalos de Carlos VII, había ido en persona á rendirle homenaje. Su hermano Gilles de Bretaña era, por el contrario, amigo personal de Enrique VI y aliado de los ingleses, por lo que Francisco, de acuerdo con Carlos, le había hecho detener y encar-

ción Heron, 1891-1893. Crónicas citadas en el párrafo 1. Crónica de Chartier, tomos II y III. Marcial de Auvernia, *Vigilles*, tomo II. Stevenson, *Letters and papers*, documentos publicados en la «Chronique de Mathieu d'Escouchy,» tomo III; la Crónica del Mont-Saint-Michel, tomo II; la «Revue retrospective normande,» 1837.

OBRAS DE CONSULTA.—Cosneau, *Richemont*. Albert Sarrazin, *Jeanne d'Arc et la Normandie*, 1896. Joubert, *Negotiations relatives à l'évacuation du Maine*, «Revue du Maine,» tomo VIII; Vallet de Viriville, *Gilles de Bretagne*, «Revue des Questions historiques,» tomo IV, 1868. Delisle, *Histoire de Saint-Sauveur-le-Vicomte*, 1867. G. Dupont, *Histoire du Cotentin*, tomo II, 1873. Du Motey, *Exmes pendant l'occupation anglaise*, «Bulletin de la Société historique de l'Orne,» 1889. C. de Beaurepaire, *Les Etats de Normandie sous Charles VII*, «Travaux de l'Académie de Rouen,» 1875.

celar inglesa de Verneuil, Francisco de Surienne, tomó por sorpresa Fougères y la saqueó, apoderándose de un enorme botín. El duque de Somerset, que había facilitado á Surienne las municiones, le desautorizó públicamente, pero no quiso dar satisfacción al duque de Bretaña.

Todo esto era proporcionar pretextos y razones á los consejeros de Carlos VII que deseaban la guerra. El mismo rey estaba decidido á reanudar la lucha y por orden suya había Juan Juvenal de los Ursinos compulsado los títulos del tesoro de Chartres y compuesto durante la tregua un *Tratado compendioso de la contienda de Francia contra los ingleses*, para ilustrar la conciencia del monarca. Mediante una argumentación cerrada, apoyada por documentos justificativos, había el obispo llegado á la conclusión de que Eduardo III jamás había tenido derecho á la corona de Francia y de que, en cambio, los reyes de Francia tenían derechos sobre la corona de Inglaterra.

Carlos VII, sin romper oficialmente la tregua, dejó en un principio á sus capitanes libertad completa para tomar represalias. En 16 de mayo de 1449, Juan de Brezé y Roberto Floquet se apoderaron de Pont-de-l'Arche, y otros capitanes tomaron Gerberoy en Beauvais, y Cognac y Saint-Megrin en Guiena. Cantóse la «balada de Fougères:»

«Gracias á Dios no tenéis las cabezas más duras que los bretones. Las antiguas deudas se pagan.»

La ocasión era propicia para conquistar Normandía. Los diputados en los Estados no querían otorgar más que una pequeña parte de los subsidios pedidos y declaraban que el país era demasiado miserable para seguir pagando impuestos. El mismo Somerset advertía que la provincia estaba á merced del primer ataque; las plazas se hallaban desguarnecidas y el tesoro de Ruán vacío. El ejército inglés encontrábase completamente desorganizado y saqueaba los campos, y los habitantes exasperados llamaban ardientemente los ejércitos de Carlos VII:

«Muy noble rey Carlos francés, escucha la súplica de los normandos contra los ingleses. ¡Nación viril y desolada! (1)»

Muchos de ellos se alistaban en las partidas de guerrilleros, como la del señor de Camois, que continuaban sus fechorías á costa de los «franceses renegados» y de los pocos propietarios ingleses que residían aún en Normandía. Los mismos «franceses renegados» no tenían motivo alguno para desear la continuación de la dominación inglesa, pues no era ésta la que entonces podía proporcionar orden y seguridad y Carlos VII ofrecía una amnistía general.

La ruptura oficial de la tregua fué decidida por el rey, los príncipes de la sangre y los miembros del Gran Consejo, en una asamblea solemne celebrada en el castillo de Roches-Tranchelion, cerca de Chinón, en 17 de julio de 1449. Todos reconocieron que, para cumplir el juramento de la consagración, Carlos VII debía defender á su pueblo y tomar de nuevo las armas contra un enemigo perjuro. El rey encargó al normando Roberto Blondel un tratado que más adelante fué traducido del latín al francés con el título «De los derechos de la corona de Francia,» con el propósito de enseñar á «los franceses del porvenir que jamás debían farse, en ningún tratado, de juramentos ni promesas de ingleses.»

La conquista de Normandía se realizó en un año (agosto de 1449 á agosto de 1450): los soldados de Carlos VII, pagados con puntualidad y rigurosamente disciplinados, fueron acogidos casi en todas partes como libertadores; en cambio los ingleses cometieron atrocidades inútiles y se batieron mal, y careciendo, como carecían, de artillería, no se atrevieron á presentar batalla, se retiraron á las ciudades y, según ha dicho Juan de Bueil, «se dejaron comer los unos después de los otros.» El mismo anciano Talbot no consiguió defender una causa perdida.

Richemont y el duque de Bretaña se encargaron de la conquista de la Baja Normandía y el Cotentin fué recuperado en dos meses. En el entretanto, Dunois dirigía, en unión del conde de Saint-Pol y del duque de Alenzón, la conquista de la Alta Normandía. Los ruaneses recobraron por sí mismos su ciudad, que defendía una guarnición inglesa: los ingleses, sitiados en el palacio y en el castillo por los habitantes y cañoneados por la artillería de Carlos VII, se rindieron en 29 de octubre de 1449, retirándose Somerset á Caén y haciendo el rey de Francia, en 10 de noviembre, su entrada triunfal en la capital de Normandía.

(1) Lamento normando compuesto en el momento de la tregua de 1444.

Aquellas rápidas victorias de los franceses ocasionaron al otro lado de la Mancha desórdenes que estorbaban la acción del gobierno inglés. En 9 de enero de 1450 el obispo de Chichéster, amigo del conde de Suffolk, fué asesinado en Portsmouth por un grupo de marinos; y habiendo algunas semanas después la Cámara de los Comunes acusado solemnemente á Suffolk de connivencia con Carlos VII, el rey Enrique, para salvar á su favorito, lo desterró; pero los enemigos del proscrito le persiguieron en el mar y le dieron muerte.

Sin embargo, los ingleses hicieron un grande esfuerzo en medio de esos disturbios: un ejército mandado por Tomás Kyriel desembarcó en Cherburgo en 15 de marzo de 1450, y atravesando el Cotentin, se dirigió á Bayeux, pero fué detenido en 15 de abril por el conde de Clermont en Formigny. Los ingleses, siguiendo su costumbre, habíanse atrincherado detrás de una empalizada de estacas; las culebrinas de Luis Giribault abrieron sobre ellos un fuego terrible, y la llegada de Richemont con un ejército de refuerzo decidió el éxito. Los invasores fueron exterminados con pérdida de 3.774 muertos y 1.200 prisioneros; los franceses, en cambio, tuvieron muy pocas bajas.

Poco después estalló en Inglaterra una sangrienta insurrección: los habitantes del Kent, del Surrey y del Sussex, dirigidos por un aventurero irlandés, Jack Cade, marcharon en 1.º de junio sobre Londres, pidiendo la derogación de los estatutos de los trabajadores y del nuevo sistema electoral, una reforma administrativa y financiera y el cambio de los consejeros reales. Londres abrió sus puertas á los rebeldes, el rey huyó á Kenilworth y el tesorero y el sheriff del Kent fueron decapitados y sus cabezas clavadas en picas y paseadas. Mientras los consejeros de Enrique VI se ocupaban en reprimir aquella sedición, Somerset capitulaba en Caén y abandonaba para siempre Normandía. La toma de Cherburgo, bombardeada desde la playa por los hermanos Bureau, fué la última gran operación de la campaña.

La política de Carlos VII con los normandos fué hábil y benigna: los «renegados» no se vieron molestados, y á pesar de la oposición del Parlamento y de la Cámara de las Cuentas de París, el rey mantuvo los privilegios de la provincia, confirmó en 1458 la antigua Carta de los normandos (2) y reconoció que los subsidios debían ser consentidos por los tres Estados del ducado, siendo desde entonces convocados regularmente los Estados de Normandía. El orden renació poco á poco, pero como la desgraciada provincia estaba arruinada y despoblada, será preciso el transcurso de muchos años para que recobre su antigua prosperidad.

IV.—Conquista de la Guiena (3)

Mucho más difícil fué la conquista de la Guiena inglesa, pues se trataba en ella de reconquistar á los ingleses un país que les era profundamente adicto por sus tradiciones y por sus intereses. La Guiena pertenecía á los ingleses desde hacía tres siglos. La guerra de

(2) Véase págs. 312 y 425.

(3) FUENTES.—Crónicas anteriormente citadas (en particular la *Histoire de Gaston IV*, de Leseur, muy importante). *Archives*

Cien Años había obligado á Eduardo III, y sobre todo á Ricardo II y á los Lancaster, á mostrarse liberales con sus súbditos gascones, quienes en el siglo XV gozaban de todas las garantías entonces conocidas contra las arbitrariedades. Las peticiones de subsidios y los asuntos de moneda eran discutidos por los Estados de Guiena ó por los Estados particulares del Bordelés, del Bazadés y de las Landas, y por otra parte, el fisco era poco exigente. Por último, Eduardo III y sus sucesores habían concedido á los viticultores y á los comerciantes en vino de Guiena privilegios muy importantes que les aseguraban en Inglaterra mercados más ventajosos que en Francia misma.

Gracias á todo esto, la Guiena hallábase estrechamente unida á Inglaterra, ó mejor dicho, al duque de Guiena, rey de Inglaterra, puesto que no estaba en modo alguno anglicizada. Salvo algunos empleados poco numerosos y algunas guarniciones en tiempo de guerra, no había ingleses en aquella provincia, en la cual no se habían modificado las costumbres, ni las ideas, ni el idioma. Y aun parece que existían allí muy pocas simpatías hacia la nación inglesa. Frecuentes eran las disputas entre la gente de Burdeos y la de Londres, entonces muy poco hospitalarios para los comerciantes extranjeros. Los gascones se conservaban enteramente gascones; pero permanecían adictos á los reyes ingleses que respetaban su independencia y aseguraban su riqueza: en su patriotismo completamente local habíase injertado, por decirlo así, la lealtad al monarca de Inglaterra.

La grande y rica ciudad de Burdeos era el principal baluarte de la dominación inglesa; constituía una verdadera potencia señorial, poseía el condado de Ornón y ostentaba la corona condal sobre sus armas. Varias ciudades vecinas, tales como Bourg, Blaye y Libourne, eran «hijuelas» suyas y reconocían su hegemonía militar. Su aristocracia de propietarios y de negociantes en vino, su clero numeroso, opulento y activo, estaban completamente penetrados de esa lealtad de que hace un momento hablábamos. Había al frente de la iglesia bordelesa un prelado muy venerado, el arzobispo Pey Berland, que había de ser el verdadero jefe de la resistencia durante las campañas de 1450 y 1451. En 1441, aquel clero había fundado la Universidad de Burdeos para impedir que la juventud gascona fuese á hacer sus estudios en las universidades enemigas de París y de Tolosa. Los bordeleses sabían que si caían bajo la dominación francesa, su ciudad perdería sus antiguos mercados comerciales y pagaría más impuestos; de aquí

municipales de Bordeaux, 1867-1890. Documentos publicados en «Archives historiques de la Gironde,» *passim*; «Comptes-rendus de l'Académie des Inscriptions,» 1899; «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes,» 2.ª serie, tomo III. Stevenson, *Letters and papers*.

OBRAS DE CONSULTA.—Jullian, *Histoire de Bordeaux*, 1895. Brissaud, *Les Anglais en Guyenne*, 1875. Tauzin, *Les sénéchaux anglais en Guyenne*, «Revue de Gascogne,» tomo XXXII. Cadiet, *La sénéchaussée des Landes*, «Revue de Béarn,» 1885. Allain, *L'Eglise de Bordeaux*, «Revue des Questions historiques,» 1895, tomo II. Corbin, *Pey Berland*, 1888. Malvezin, *Histoire du commerce de Bordeaux*, tomo I, 1892. Ribadieu, *Histoire de la conquête de la Guyenne*, 1866. Courteault, *Gaston IV*, 1895. D'Auriac, *Reddition de Bordeaux sous Charles VII*, 1864. Brives-Cazes, *Origines du Parlement de Bordeaux*, «Actes de l'Académie de Bordeaux,» 1885.

que toda la población se uniera para resistir cuanto fuera posible los ataques de Carlos VII, como había resistido en otro tiempo las tentativas de Carlos V y de Luis de Orleans.

La guerra de Guiena comenzó al romperse la tregua general, en 1449; pero para apoderarse de Burdeos se necesitaban un ejército sólido y una flota. En la primavera de 1451, Dunois llegó, al fin, con seis mil hombres y una escuadra española y rochelesa, á las órdenes de Juan le Boursier, penetró en la Gironda, y desde el 15 de mayo al 5 de junio de 1451 fueron tomadas todas las plazas que dominaban la entrada del Bordelés. Las vides estaban en flor; resistir habría sido, por consiguiente, la ruina. Por otra parte, Dunois hacía toda clase de promesas á los sitiados, los cuales no podían contar con ningún socorro. En efecto, en Inglaterra los elementos que con impaciencia deseaban la guerra civil habían encontrado un jefe: los partidarios de Ricardo, duque de York, pedían que éste fuese reconocido como presunto heredero de la corona, ya que el rey no tenía sucesión; pero Enrique VI y su esposa, temerosos de su ambición, le descartaban y el de York se apercebía á la guerra.

En 12 de junio de 1451, entre los representantes de Carlos VII «y las gentes de los Tres Estados de la villa y ciudad de Burdeos y de la comarca del Bordelés, en nombre de ellos y de los demás países del ducado de Guiena,» firmóse un tratado en el que se convino que los gascones conservarían todas sus franquicias, no servirían contra su voluntad en los ejércitos del rey y no pagarían ninguno de los impuestos exigidos á los demás franceses, tales como pechos, gabelas y sostenimiento de tropas. Dispúsose además que á todos los habitantes que no quisieran «hacerse franceses» se les dejaría en completa libertad para emigrar dentro de seis meses, y que se instalaría en Burdeos un tribunal soberano á fin de que los nuevos súbditos del rey quedaran exentos de la jurisdicción del parlamento de París. Dunois entró en la ciudad el día 30 de junio, y la toma de Bayona (20 de agosto de 1451) puso término á la conquista de la Guiena.

El conde de Clermont, gobernador de la provincia, el gran senescal Oliverio de Coetivy y los demás empleados reales aplicaron el tratado de 12 de junio. Las guarniciones establecidas en las principales ciudades lo fueron á costa del rey, y se inauguró el tribunal soberano de Burdeos, siendo esta una de las mayores concesiones que á los gascones pudiera hacerse; pero los cargos de consejeros y todos los demás empleos reales estaban desempeñados por franceses, y los gascones vieron con desconfianza cómo se agrupaba en torno del bretón Coetivy una colonia de administradores, extranjeros en aquel país.

Los gascones fueron los primeros en violar el convenio pactado con el rey de Francia: heridos en su orgullo por el rápido triunfo de Dunois y persuadidos de que el rey de Inglaterra iba á socorrerlos y de que podían hacerle pagar de antemano su concurso, un gran número de señores y de ricos ciudadanos reanudaron sus relaciones con Enrique VI, y apenas había transcurrido un mes desde la entrada de los franceses en Burdeos, los habitantes de esta ciudad hacíanse dar por el rey de Inglaterra señores situados en la Guiena

y hasta en el Perigord. El captal de Buch, que había firmado un tratado particular con Dunois, obtuvo de Enrique VI un acta otorgándole la ciudad y el castillo de Bazas. Los habitantes del Reole, á su vez, se aseguraron para el porvenir la exención de una tasa sobre los vinos. Finalmente, el personal de los antiguos funcionarios se agitaba: Guillermo Bec, hasta hacía poco juez general de apelaciones en el tribunal de Gascuña, obtenía de Enrique VI la promesa de que recobraría aquel cargo; quién era nombrado monedero, quién oficial de prebostazgo; todos descontaban la próxima expulsión de los franceses y algunos comenzaban en secreto á prepararla.

Los empleados y consejeros de Carlos VII no podían ignorar estas intrigas, y no creyéndose ya obligados á respetar por más tiempo los pactos jurados, comenzaron, en el verano de 1452, á sacar dinero del Bordenés para el sostenimiento de las guarniciones. El Consejo del rey rechazó las reclamaciones de los habitantes, y el conde de Clermont acabó de exasperarles exigiendo de ellos el servicio militar. Tramóse entonces una conspiración para llamar de nuevo á los ingleses, pero sólo tomaron parte en ella los del Bordenés, pues en las senescalías del Sur había sido menor la desconfianza mutua, el tratado se había observado y respetado más, y los habitantes de la Gascuña propiamente dicha y de las Landas permanecieron fieles á Carlos VII.

Los barones del Bordenés y el deán de Saint-Seurin de Burdeos enviaron diputados á Enrique VI en el preciso momento en que los partidos habían suspendido las hostilidades: un ejército que se había reclutado para defender en caso necesario Calais estaba dispuesto para ponerse en marcha, y Talbot tomó el mando del mismo. Tenía ese caudillo ochenta años y estaba medio imposibilitado, pero conservaba aún su energía. El autor de las *Cent Nouvelles nouvelles* (Cien noticias nuevas), que refiere graciosas anécdotas de su carácter arrebatado, dice: «Tenía la cabeza caliente y hermosa» y fácilmente «se encolerizaba con viveza.» En el mes de octubre de 1452 tuvo Carlos VII noticia de la salida de la escuadra inglesa, y creyendo amenazada la Normandía, reunió en ella sus tropas, y en tanto los ingleses desembarcaban sin dificultad en Soulac, cuyos habitantes se sublevaban, Coetivy era hecho prisionero y Talbot entraba al mismo tiempo en Burdeos (23 de octubre de 1452).

Fué preciso preparar una nueva campaña para someter la Guiena, que en la primavera se vió invadida por tres ejércitos franceses. Uno de éstos, mandado por Juan de Bueil y Jacobo de Chabannes, fué á poner sitio á Castellón, y Talbot salió de Burdeos al frente de ocho mil hombres, con la esperanza de destruir á aquel cuerpo aislado. Los franceses le esperaron en un campo atrincherado en donde había reunida una artillería formidable, y Talbot, con la misma imprudencia con que en otro tiempo se lanzaban contra las empalizadas inglesas los jinetes de Felipe VI y Juan *el Bueno*, ordenó el ataque. Los trescientos cañones de Giribault vomitaron sobre los ingleses una lluvia de proyectiles y un ataque de flanco decidió la victoria: en aquella derrota acabó Talbot su gloriosa existencia (17 de julio de 1453).

A fines de aquel mismo mes llegó un cuarto ejército mandado por Carlos VII, y entonces todas las fuerzas francesas reunidas pusieron sitio á Burdeos. Aquella vez la guerra era terrible: la campiña fué saqueada y los gascones á quienes se encontraba con las armas en la mano fueron decapitados. Burdeos, bloqueada, amenazada por el hambre y el bombardeo, capituló, y en 19 de octubre de 1453 las banderas de Francia ondearon en las torres de la ciudad.

•A la población rebelde se le impuso un rescate de 100.000 escudos, que luego quedó reducido á 30.000; veinte individuos de la aristocracia bordelesa, entre ellos el deán de Saint-Seurin, fueron desterrados. El arzobispo Pey Berland, que no había tomado parte en la rebelión, no por esto dejó de ser tratado como sospechoso, viéndose muy pronto obligado á ceder su sede á un sacerdote francés. Los jurados de Burdeos fueron en lo sucesivo agentes del rey, por él nombrados, y Juan Bureau quedó asimismo nombrado alcalde de la ciudad.

Desapareció la autonomía judicial, política y económica de la Guiena; suprimióse el tribunal supremo de Burdeos, debiéndose desde entonces recurrir en apelación ante el Parlamento de París y seguir su procedimiento; y el gran senescal, que bajo la dominación inglesa era un verdadero virrey, perdió una gran parte de su poder, no dependiendo en adelante sino del monarca los varios senescales del país que, como el de las Landas, le estaban antiguamente sometidos. Los Estados de Guiena no volvieron á reunirse mientras vivió Carlos VII, y aquellos habitantes hubieron de soportar pechos, subsidios y sostenimiento de tropas. Impuséronse al comercio fuertes contribuciones, y en cuanto á los comerciantes ingleses, fueron tantas las precauciones que contra ellos se adoptaron que acabaron por olvidar el camino de la Guiena.

Aquel rigor determinó un gran movimiento de emigración: un gran número de gascones de todas categorías huyeron con sus riquezas, á pesar de la interdicción real, refugiándose la mayoría de ellos en Inglaterra, en donde se establecieron como comerciantes. Al final del reinado de Carlos VII el puerto de Burdeos estaba desierto; en los alrededores no se habían reedificado los molinos destruídos por el ejército francés y las viñas permanecían incultas; Saint-Emilion estaba despoblado; la miseria era general.

Los gascones no se contentaron con emigrar, sino que continuaron conspirando. En 1454, Pedro de Montferrant regresó de Inglaterra é intentó sublevar el país, pero fué preso, decapitado y descuartizado. A fines de 1456 descubrióse un nuevo complot en el cual estaban comprometidas muchas gentes de iglesia (1), y en enero de 1457 los consejeros de Carlos VII declaraban que los habitantes de Guiena eran «todos adictos al partido de Inglaterra;» y añadían «no hay año en que la conservación de este país no cueste al rey 300.000 francos más de lo que su renta produce.» El resentimiento de los gascones duró largo tiempo; en el siglo XVII todavía recordaban con pena los tiempos dichosos de la dominación inglesa.

(1) Bula de 15 de febrero de 1457 publicada por Denifle, *Désolution des églises*, n.º 357.



JUANA DE ARCO

(Cuadro de Ingres, existente en el Museo del Louvre)